1

Me dijiste que hablé dormido. Es lo primero que me acuerdo de esa mañana. Sonó el despertador a las seis. Maiko se había pasado a nuestra cama. Me abrazaste y el diálogo fue al oído, susurrado, para no despertarlo, pero también creo para evitar hablarnos a la cara con el aliento de la noche.

—¿Querés que te haga un café?

—No, amor. Sigan durmiendo.

—Hablaste dormido. Me asustaste.

—¿Qué dije?

—Lo mismo que la otra vez: «guerra».

—Qué raro.

Me duché, me vestí. Les di mi beso de Judas a vos y a Maiko.

—Buen viaje, me dijiste.

—Nos vemos a la noche.

—Andá con cuidado.

Tomé el ascensor hasta el subsuelo del garaje y salí. Estaba oscuro todavía. Manejé sin poner música. Bajé por Billinghurst, doblé en Libertador. Ya había tráfico, sobre todo por los camiones cerca del puerto. En el estacionamiento de Buquebús un guarda me dijo que no había más lugar. Tuve que volver a salir y dejar el auto en una playa al otro lado de la avenida. La idea no me gustó porque a la noche, cuando volviera con los dólares encima, iba a tener que caminar esas dos cuadras oscuras, bordeando la vía muerta.

En el mostrador del check in no había cola. Mostré el documento.

—¿El rápido a Colonia? —me preguntó el empleado.

—Sí, y el ómnibus a Montevideo.

—¿Vuelve en el día con el buque directo?

—Sí.

—Bien… —me dijo mirándome un poquito más tiempo de lo normal.

Imprimió el pasaje, y me lo dio con una sonrisa de hielo. Le evité la mirada. Me incomodó. ¿Por qué me miró así? ¿Podía ser que estuvieran marcando y metiendo en una lista a los que iban y volvían en el día?

Subí por la escalera mecánica para hacer Aduana. Pasé la mochila por el escáner, di vueltas por el laberinto de sogas vacío. «Adelante», me dijeron. El empleado de Migraciones miró el documento, el pasaje. «A ver, Lucas, párese frente a la cámara por favor. Perfecto. Apoye el pulgar derecho… Gracias.» Agarré el pasaje, el documento y entré en la sala de embarque.

Estaba toda la gente formando una larga fila. Por el ventanal vi que el buque hacía las últimas maniobras de amarre. Pagué el café y la medialuna más caros del mundo (una medialuna pegajosa, un café radioactivo) y los devoré en un minuto. Me sumé al final de la fila y escuché a mi alrededor unas parejas brasileras, unos franceses, y algún acento de provincia, del Norte, quizá de Salta. Había otros hombres solos, como yo; quizá también iban por el día a Uruguay, por trabajo o a traer plata.

La fila fue avanzando, caminé por los pasillos alfombrados y entré al buque. El salón grande, con todas esas butacas, tenía algo de cine. Encontré un lugar junto a la ventana, me senté y te mandé el mensaje: «Embarcado. Te amo». Miré por la ventana. Ya estaba aclarando. El espigón se perdía en una neblina amarilla.

Entonces escribí el mail que vos encontraste más tarde:

«Guerra, estoy yendo. ¿Podés a las 2?»

Nunca dejaba mi correo abierto. Jamás. Era muy muy cuidadoso con eso. Me tranquilizaba sentir que había una parte de mi cerebro que no compartía con vos. Necesitaba mi cono de sombra, mi traba en la puerta, mi intimidad, aunque solo fuera para estar en silencio. Siempre me aterra esa cosa siamesa de las parejas: opinan lo mismo, comen lo mismo, se emborrachan a la par, como si compartieran el torrente sanguíneo. Debe haber un resultado químico de nivelación después de años de mantener esa coreografía constante. Mismo lugar, mismas rutinas, misma alimentación, vida sexual simultánea, estímulos idénticos, coincidencia en temperatura, nivel económico, temores, incentivos, caminatas, proyectos… ¿Qué monstruo bicéfalo se va creando así? Te volvés simétrico con el otro, los metabolismos se sincronizan, funcionás en espejo; un ser binario con un solo deseo. Y el hijo llega para envolver ese abrazo y sellarlos con un lazo eterno. Es pura asfixia la idea.

Digo «la idea» porque me parece que los dos luchamos contra eso a pesar de que la inercia nos fue llevando. Ya mi cuerpo no terminaba en la punta de mis dedos; continuaba en el tuyo. Un solo cuerpo. No hubo más Catalina ni más Lucas. Se pinchó el hermetismo, se fisuró: yo hablando dormido, vos leyéndome los mails… En algunas zonas del Caribe las parejas le ponen al hijo un nombre compuesto por los nombres de los padres. Si hubiéramos tenido una hija, se podría llamar Lucalina, por ejemplo, y Maiko podría llamarse Catalucas. Ése es el nombre del monstruo que éramos vos y yo cuando nos trasbasábamos en el otro. No me gusta esa idea del amor. Necesito un rincón privado. ¿Por qué miraste mis mails? ¿Estabas buscando algo para empezar la confrontación, para finalmente cantarme tus verdades? Yo nunca te revisé los mails. Ya sé que dejabas tu casilla siempre abierta, y eso me quitaba curiosidad, pero no se me ocurría ponerme a leer tus cosas.

El buque zarpó. La dársena fue quedando atrás. Se veía un pedazo de la costa, se adivinaba apenas el perfil de los edificios. Sentí un alivio enorme. Irme. Aunque fuera un rato. Salir del país. Sonaban por el parlante las normas de seguridad, en castellano, en portugués, en inglés. Un salvavidas debajo de cada asiento. Y al rato: «Informamos a los señores pasajeros que ya se encuentra abierto el Freeshop». Qué genio el que inventó

esa palabra, freeshop. Cuantas más restricciones le ponen al comercio, más nos gusta esa palabra a los argentinos. Una extraña idea de libertad.

Ahí estaba yo viajando a contrabandear mi propia plata. Mis anticipos de derechos de autor. La guita que iba a solucionar todo. Hasta mi depresión y mi encierro, y el gran «no» de la falta. No puedo porque no tengo plata, no salgo, no mando la carta, no imprimo el formulario, no voy a preguntar a la agencia, no destrabo la bronca, no pinto las sillas, no arreglo la humedad, no mando el currículum, ¿por qué? Porque no tengo plata.

Había abierto en abril la cuenta en Montevideo. Recién ahora en septiembre me llegaban los anticipos de España y de Colombia de dos contratos de libros que había firmado hacía meses. Si me transferían los dólares a la Argentina, el banco me los pesificaba al cambio oficial y me descontaban el impuesto a las ganancias. Si los buscaba en Uruguay y los traía en billetes, los podía cambiar en Buenos Aires al cambio no oficial y me quedaba más del doble. Valía la pena el viaje, incluso el riesgo de que me encontraran los dólares en la aduana a la vuelta. Porque iba a pasar con más dólares de los que estaba permitido entrar al país.

El río de la Plata: nunca tan bien puesto el nombre. El agua empezaba a brillar. Iba a poder devolverte los pesos que te debía por los meses que había estado sin trabajar y habíamos vivido solo de tu sueldo. Iba a poder dedicarme exclusivamente a escribir unos diez meses, si tenía cuidado con los gastos. Estaba saliendo el sol. Se iba a cortar la mala racha. Me acuerdo ese día en que llegamos a pagar el peaje con pilas de monedas de cincuenta centavos. Íbamos a visitar a mi hermano a Pilar. La mujer de la cabina no podía creer. Contó las monedas, quince pesos en monedas. Faltan cincuenta centavos, dijo. Atrás ya se oían las bocinas. Tiene que estar bien, contalo de vuelta, le dije. Está bien, pasá, pasá, dijo y arrancamos, riéndonos, vos y yo, pero con un fondo medio amargo quizá, inconfesado. Porque decías: Tenemos problemas financieros, no económicos. Y parecía cierto. Pero yo no concretaba proyectos, no terminaba de firmar nada con nadie, no quise dar cursos ni clases y creció un silencio que se fue acumulando con los meses, a medida que se despegó la bacha de la cocina y yo la apuntalé con unas latas, y se rayó el teflón de las ollas, se quemó un aplique de luz en el living y quedamos medio en penumbras, se rompió el lavarropas, el horno viejo empezó a largar un olor raro, la dirección del auto temblaba como el transborador atravesando la atmósfera… Y mi muela quedó a medio arreglar porque la corona era cara, y postergamos el DIU hasta nuevo aviso, en el jardín de Maiko debíamos dos meses, nos atrasamos con las expensas, con la prepaga, y una tarde nos rebotaron las dos tarjetas en el Walmart, Maiko pataleaba en el piso entre las cajas y tuvimos que devolver todas las compras que habíamos metido en el carrito. Nos dio bronca y vergüenza. Fondos insuficientes.

Discutimos en el balcón, una vez, y otra vez en la cocina, vos sentada sobre la mesada de mármol, las piernas cruzadas, llorando y poniéndote hielo sobre los ojos. Mañana tengo que ir a trabajar con los ojos así, la puta que lo parió, decías. Estabas harta, de mí, de mi nube tóxica, mi lluvia ácida. Te noto derrotado, me dijiste, vencido. No entiendo qué querés. Y yo parado contra la heladera, anestesiado, sin saber qué decir. Agarré para cualquier lado, me sentí arrinconado y no se me ocurrió mejor idea que hablar de mi

frustración. Te busqué a ver qué me decías. Si vos querés reducir tu vida sexual a dos polvos por mes hacelo, yo no puedo vivir así, te dije. Cuando salía, terminaba de leer o de hablar en una mesa redonda en algún centro cultural, me tomaba algo, se me acercaba una mina a hablarme, una pendeja de veinticinco, o una milf de cincuenta, me preguntaba algo, me sonreía, quería, quería, y yo pensaba si no serían dos cervezas y al telo, un poco de aventura, me salían los colmillos, un león atado con piolín de fiambrería, me tengo que ir decía, beso en la mejilla, qué lástima decía ella, sí, tengo un hijo chiquito, baldazo de agua fría, mañana me despierta temprano, ahí está, sefiní. Y salía a la noche, me trepaba a un colectivo, llegaba a casa, vos durmiendo, te cuchareaba, te apoyaba, nada, estabas agotada, dormidísima. A la madrugada Maiko venía a la cama. Nos levantábamos. Le hacíamos el Nesquik, lo llevaba yo al jardín, te ibas al centro. Chau, nos vemos a la noche y cuando volvías estabas cansada y te querías ir a la cama sin comer y yo miraba una serie, juntaba bronca, testosterona venenosa. Meses así.

¿Te tengo que felicitar porque no te cogés una mina?, me decías, ¿te tengo que agradecer? Estabas peleadora, brava. Y no te diste por aludida. Sos hábil discutiendo. Decime qué querés, decías. Y yo no decía nada más. No quise seguir. ¿En qué momento se fue volviendo paralítico el monstruo que éramos vos y yo? Cogíamos parados, ¿te acordás? En la terraza de tu depto en Agüero, contra el placard que pintamos juntos, en la ducha, sobre la mesa del comedor una vez. Éramos hermosos así, buscándonos. Teníamos hambre uno del otro. De frente levantándote una pierna contra la pared, en cuatro en el sillón, volteando los adornos de la mesa, vos arriba mío de pronto arqueada como si te estuviera por abducir una nave extraterrestre. Se nos ocurrían cosas, nos poníamos cambiantes, como rotando, dinámicos, prendidos fuego. De a poco nuestra bestia de dos espaldas fue quedando tullida, se echó, no se volvió a levantar. Surgía solo por la vecindad de la cama, por el contacto, horizontal, la bestia vaga, polvos de una sola pose, misioneros previsibles, o quizá vos boca abajo, casi ausente. Solos y juntos. O esas noches en que estabas tan cansada que no te llegabas a meter del todo en la cama, quedabas entre el edredón y la sábana, y yo más tarde en la oscuridad me metía bajo la sábana y no te podía ni cucharear, ni pasar la mano por la cintura, ni agarrarte las tetas, ni darte un beso en el cuello, separados por una tela tirante, estábamos al lado pero inalcanzables, como en dos planos distintos de la realidad.

Muchas noches pasaba eso. Me quedaba despierto boca arriba, sintiéndote respirar y escuchando la gota que empezaba a sonar como a las dos de la mañana y que nunca supimos dónde caía, parecía el ruido exacto del insomnio, la gota del inconsciente. Lo más irritante era que no fuera regular, era impredecible, y se estaba acumulando en algún lado, formando seguramente un charco, una humedad, pudriendo el yeso, el cemento, debilitando la estructura. Me tenía que ir al sillón del living, navegar un rato más en internet, quedarme dormido ahí, después volver a la cama derrotado. Porque supongo que tenías razón, estaba derrotado, no sé bien por quién ni por qué, pero me regodeaba en eso. «Estuve un tiempo en la lona, del desatino fui amante…», dice una canción que canté borracho esa misma tarde.

Me derroté a mí mismo supongo. Mi monólogo mental, mi tribuna contraria. Cuando no escribo ni trabajo sube el volumen de las palabras dentro de mi cabeza y me van inundando. Crecían dudas como enredaderas, me iban rodeando. Me preguntaba con quién te estarías viendo. Esas llegadas tarde tan arreglada y cansada después de reuniones y cocktails de la fundación… Y esos cambios sutiles: antes rara vez estabas depilada, ahora te sentía las piernas suaves cada vez que te rozaba en la cama. Se me llenaba la cabeza de preguntas. ¿Te estabas cuidando y arreglando para alguien que no era yo? ¿Y dónde se veían, Cata? ¿En telos? Nunca fuiste muy de telos, y quizá eso mismo te daba morbo. Me preguntaba quién podía ser, y no tenía pistas, algún miembro del directorio quizá. El triángulo de tu pubis siempre tan setentoso y arbustivo de pronto apareció podado, reducido, un poco más agudo. Para la bikini, me dijiste, y es cierto que era diciembre y se acercaba otro verano de invitaciones a piletas y jardines. Fuiste al ginecólogo y te curaste la candidiasis, que te hacía tener un olor fuerte y me hiciste tomar el mismo medicamento por si yo también lo tenía. ¿Nos estábamos curando los dos para tu amante? Se acumularon esas llegadas tarde, después de comer, a la una, a las dos de la mañana, y te oía desde la cama en el baño dejando correr mucho el agua, mucha actividad de jabón, sacándote el maquillaje, bidet, cepillo de dientes. Estoy casi seguro de que volviste a fumar, ¿con quién? Casi podía verte en terrazas con una copa de champagne en la mano y un cigarrillo, tu estilo de fumar, tu sonrisa. Eso borrabas en la escala técnica del baño. Una vez hasta te duchaste antes de meterte en la cama. Te sentí una noche una colonia fuerte, pero soy muy maniático con los olores, hipersensible, y puede ser que fueran los besos de saludos en la cena de fin de año. ¿Dónde estaba tu corazón entre todos esos cardiólogos? Te cerraste más, te escondiste dentro tuyo y me escarbaste para encontrarme algo. Cuando me embarullaban mucho los celos me daban ganas de escribirte un mail instructivo con algunos consejos para ser amante: no solo tenés que estar depilada y prolija, tenés que guardar una bombacha limpia de repuesto en la cartera, usar el bidet antes y después de cada polvo, controlar la obsesión, postergar la cita cuando estás menstruando, bloquear el celular. Las amantes no menstrúan. Ni llaman por teléfono al amado, ni hacen regalos, ni muerden en la cama ni usan rouge ni perfume. No dejan huellas en la superficie del cuerpo. Sólo queman a fuego en el placer. Activan el sistema nervioso central, lo encienden por dentro.

Qué iluso. No tenía idea de nada y me hacía el superado, el veterano. Por suerte nunca te escribí. Mastiqué mis dudas, mis inseguridades. Era mi actitud de desempleado, de tipo que no provee, mi impotencia de macho cazador, pidiéndote si podías hacerme una transferencia, pidiéndole medio en secreto diez mil pesos a mi hermano mientras él hacía el asado, y esas planillas Excel que tanto te gustaba hacer, mis números en rojo, mi deuda creciendo. No era muy erótico el asunto, lo admito. Y es cierto que ya Mr. Lucas estaba un poco más viejo, menos atractivo. O por lo menos yo me sentía así. Vencida la columna, más prominente mi rollo de flaco con panza, algunas canas en la cabeza y en el pubis, y la pija que casi de un día para el otro se me torció, se me curvó levemente hacia la derecha, como si se me enloqueciera la brújula y abandonara el norte para apuntar un poco al Este, hacia la Banda Oriental. Eso me pasaba sobre todo, tenía la mente en otro

lado. Y a veces cuando llegabas me descubrías mirando el atardecer en el balcón agarrado como un preso de la reja que pusimos cuando Maiko empezó a caminar.

La vibración del barco me adormeció. Volví a abrir los ojos: había salido el sol sobre el río. Ya estábamos cerca de Colonia. Mi teléfono enganchó señal y me entró el mail de Guerra contestándome:

«Dale. A las dos. Mismo lugar que la otra vez.»

Entonces dije su nombre, para mí, contra el vidrio, mirando el agua que brillaba como plata líquida:

—Magalí Guerra Zabala.

Lo repetí dos veces.